

Prolegómenos para una teología del culto al Corazón de Jesús

Durante el tiempo de cuaresma y pasión, la figura dolorosa del Señor determina el paso de nuestra vida religiosa litúrgica y personal. Los misterios de este tiempo son tantos y su plenitud es tan inconcebible que la Iglesia entresaca algunos de ellos —que aclaran especialmente el sentido de la Pasión—, y nos los vuelve a presentar a lo largo del año. A estos misterios pertenece el del Corazón del Señor que se desangra abierto. Es el más oculto de todos los misterios de la Pasión, la verdadera fuente y razón de todos ellos. Por eso, apenas puede ser mejor nombrado que por una de esas palabras, que pertenecen al patrimonio fundamental del lenguaje humano y pretenden decir balbuciendo un misterio inefable. Sólo el amante puede decir con sentido la palabra «corazón», y sólo quien está amorosamente unido al Señor crucificado, sabe lo que quiere decir «Corazón de Jesús». Pero también la misma palabra «corazón» abre al amante nuevos caminos para su amor, que jamás puede amar bastante. Vamos a hablar, pues, por una vez, de esta palabra. ¡Ojalá nos abra la entrada al Corazón sangrante y desbordado del Señor!

Intencionadamente hablo de la «palabra» corazón y no del concepto. Naturalmente no pienso sólo en el sonido externo, distinto en los distintos idiomas; pero la palabra que va a ocuparnos tiene precisamente de característico, que en su contenido debe ser acentuado lo corpóreo, lo figurativo y simbólico de la palabra y del concepto. Y como los hombres pensamos siempre en *palabras-concepto*, y no en conceptos sin palabras, y tenemos que conseguir con ellas nuestra salvación—más allá de toda mística sin palabras ni símbolos—, fieles a la palabra escrita de Dios, a la palabra encarnada del Verbo de Dios, podemos hablar aquí precisamente de la palabra y no del concepto.

Hay palabras que dividen y palabras que unen; palabras que al explicar disuelven la totalidad y palabras que por una especie de conjuro transmiten de una vez esa totalidad a la persona que escucha (no sólo a su entendimiento); palabras que se forman artificiosamente y pueden definirse a capricho y pala-

bras que se reciben, que existían desde siempre, que *nos* esclarezcan en lugar de nosotros a ellas, que tienen poder sobre nosotros, porque son regalos de Dios y no poderes de los hombres. Hay palabras que delimitan y aíslan y palabras que hacen que una sola cosa sea transparente para la infinidad de toda realidad; hay palabras claras, porque son superficiales y sin secreto, y palabras oscuras, porque concitan el clarísimo secreto de las cosas dichas; palabras que satisfacen a la cabeza, porque con ellas podemos apoderarnos de las cosas, y palabras que nacen del corazón, que venera y adora el misterio que nos domina; palabras que esclarecen algo pequeño, porque iluminan sólo una parte de la realidad, y palabras que nos hacen sabios, porque hacen resonar todas las cosas en una. A estas palabras que unifican como por conjuro, que concitan la realidad, que se apoderan de nosotros y nacen del corazón, a estas palabras que ensalzan y son regaladas voy a llamarlas *protopalabras* (*Urworte*). Las otras podrían llamarse palabras útiles, fabricadas, técnicas. Naturalmente, las palabras no pueden dividirse de una vez para siempre en esas dos especies. La división habla del destino de las palabras más que de la necesidad de dividir las *a priori* en esas dos clases separadas y distintas.

Hay innumerables palabras que, conforme el hombre las va usando, ascienden o (la mayoría de las veces) descienden de la una a la otra especie. Cuando el poeta o San Francisco nombran el agua, dicen más y dicen algo más amplio que cuando el químico, rebajando la palabra, llama «agua» a su H_2O . El agua con la que se compara el alma del hombre no puede escribirse H_2O . Pero el agua que ve el hombre, que el poeta ensalza y con que el cristiano bautiza no es una elevación poética del agua del químico, como si éste fuera el verdadero realista, sino que el agua del químico es un derivado menguado, tecnificado y secundario del agua del hombre; en la palabra del químico se ha degradado por obra del destino—en un destino que contiene el de una humanidad de siglos—a palabra útil y técnica una protopalabra, y en su caída ha perdido más de la mitad de su contenido.

«Corazón» es una de esas *protopalabras*. *A priori* no es posible acercarse a ella con la razón enceguecida y empequeñecedora del anatomista, como si él hubiera de definir por vez pri-

mera su sentido y sólo después se pudiera discutir si tal sentido puede ser valorado además «poética» y «metafísicamente». Esta palabra no ha nacido en la experiencia del anatomista, ni siquiera en la del primero, sino en la experiencia del hombre. Es una protopalabra. No puede ser definida ni compuesta de palabras más conocidas, porque significa la unidad y la totalidad originales. Por eso existe en todos los idiomas y pertenece al tesoro primitivo del lenguaje humano. Pertenece a las palabras en que el hombre ha superado desde siempre la superficial experiencia diaria (incluso la de la anatomía y la de las sensaciones corporales puramente fisiológicas), y no llega a ser abstracta ni pierde lo corporalmente aprensible. Pertenece a las palabras en que el hombre enuncia, sabedor de sí mismo, el misterio de su existencia, sin disolverlo. Cuando el hombre dice que tiene un corazón, se ha dicho a sí mismo uno de los misterios decisivos de su existencia. Pues, cuando habla así, se significa como una totalidad que sabe de sí misma, invoca la unidad de su existencia, *previa* a la división de alma y cuerpo, acción y disposición de ánimo, exterioridad e intimidad; invoca lo original en el auténtico sentido de la palabra, lo que es auroralmente uno en la multiplicidad de la realidad humana, aquello en que—según Hedwig Conrad-Martius—se resume, se concentra y permanece como anudada centralmente y atada toda la esencia concreta del hombre, que aparece plurificada y desbordada en el alma, el cuerpo y el espíritu.

Ahora bien, esta original y originante unidad del hombre, que mantiene reunido lo originado, es una unidad personal, sabe, por tanto, de sí misma y se arriesga y se decide libremente, responde y, en el amor, se afirma o niega a sí misma. Es el punto en que el hombre limita con el misterio de Dios, el punto en que el hombre, en su propio nacer de Dios, como interlocutor suyo, se vuelve a dar a Dios originándose a sí mismo en la unidad primera o, negando pecadoramente *a Dios* y orientado hacia abajo, cae en el propio vacío de su condenación. El corazón es el ser regalado y, sin embargo, con carácter de acaecer histórico; el hombre se comprende en cuanto tal, y en cuanto tal se expresa en las acciones de su vida; pero sigue siendo oculto y secreto para sí mismo y para los demás, y sólo Dios conoce su nombre. Sólo el hombre tiene, pues, propiamente un corazón. Pues sólo

Dios, que es Dios, es la unidad que se posee y conserva a sí misma en eterna mismidad, que no necesita abandonarse para encontrarse. Los ángeles realizan sin duda una existencia que les ha sido dada previamente, pero en ella se contemplan a sí mismos y crean sus actos conscientemente dentro de su propio origen. Pero el hombre sale y se aparta de sí, tiene que realizarse a sí mismo en lo extraño que ha hecho o padecido, y sólo en eso otro, apartando de sí su mirada, puede descubrir su origen, su unidad. Y ese origen, del que sale verdaderamente lo extraño, y que sólo en lo otro se posee a sí mismo, es lo que se llama corazón. Los animales permanecen eternamente extraños a sí mismos y su origen no sabe de sí, sino sólo de lo extraño con lo que tratan, ya que se han olvidado a sí mismos desde siempre. Por eso, «corazón» es una protopalabra del hombre, dicha por el hombre y sobre el hombre, que a él solo le ensalza. Cuando se dice esta palabra de Dios y de los ángeles, se trasfiere a ellos lo que originalmente pertenece sólo al hombre.

Por eso esta palabra es, de modo muy particular, una protopalabra: si el hombre estaba destinado a llamar a todas las cosas por su nombre y, si iluminando y amando redime para su ser consciente lo extraño que le sale al paso, en este encuentro se hace consciente de sí mismo y, encontrándose a sí mismo en lo otro, sabe que tiene un corazón. Encuentra lo extraño para comprender y hacer esto precisamente. Y sólo llega a ser lo que es y debe ser cuando pregunta: ¿a quién perteneces, corazón mío?

El hombre capta su centro original en cuanto unidad y totalidad, cuando comprende realmente qué significa la palabra «corazón». No se puede preguntar, por tanto, si se piensa en un músculo o en algo espiritual al hablar del corazón. Cuando se pregunta así se está ya fuera del único origen de todo el hombre, que es lo que significa «corazón»; sólo se puede, a lo sumo, intentar anudar de nuevo en la respuesta—en un laborioso esfuerzo por lograr *a posteriori* y demasiado tarde un comprender más original—lo que la pregunta había planteado falsamente, lo que la pregunta había descompuesto y desatado. Cabeza, por ejemplo, no significa ni cráneo ni espíritu; rostro o faz no significa ni rasgos de carácter ni sólo la cara; estas palabras—cabeza y faz—no son recapitulaciones sublimadas, he-

chas por los poetas, sino la unidad original en la que se identifican todavía la esencia y el fenómeno, la verdad y su apariencia, lo más íntimo y lo más exterior, lo dicho y la dicción. Lo mismo ocurre con otras protopalabras totalmente humanas. Carne, por ejemplo, en sentido bíblico no es el cuerpo biológico y algo más por simbólica añadidura, sino el hombre completo y total que es cuerpo en el espíritu y espíritu en el cuerpo y ambas cosas en una: precisamente en la carne.

Y eso mismo ocurre sobre todo en la palabra corazón. Es una palabra que atraviesa *a priori*, y no *a posteriori*, la distinción posible pero en definitiva posterior, de alma y cuerpo. Como esta distinción tiende teóricamente a saltar al primer plano en nuestra conciencia de occidentales reflexivos, caemos continuamente en ese conocimiento reflejo al preguntar si «corazón» significa un órgano fisiológico del cuerpo o «metafóricamente» algo espiritual, o cómo se pueden combinar ambas cosas, cuando se toma una de las dos como punto de partida para esa combinación. Pero la cuestión está falsamente planteada. Tanto cuando se piensa primariamente en el corazón fisiológico—pues, *a priori*, el hombre que habla originalmente, que dice protopalabras, no está solamente en el cuerpo fisiológico, sino en el hombre—como cuando se piensa en principio en lo espiritual para simbolizarlo después en el corazón corporal; pues las protopalabras hablan de lo espiritual, que sólo es ello mismo en la carne, que sólo tiene su esencia en el fenómeno y manifestación.

Hay que caer en la cuenta de que en la realización concreta de la existencia siempre nos experimentamos como un solo hombre; jamás tenemos el espíritu o la materia aislados y cada uno por su parte. Cuando tenemos experiencia del cuerpo, tenemos vivencia del cuerpo vivo y, por tanto, del alma también en un estado—casi podría decirse—espacio-temporal de agregación (que sólo es expresión parcial del alma, naturalmente). Y el máximo conocimiento del espíritu, el que el espíritu tiene de sí mismo, es todavía corporal, ocurre en imagen y palabra, en sonido y gesto. Por eso en el símbolo apostólico de la fe no hablamos de la *visio beatifica*, sino de la resurrección de la carne, y con eso significamos la salvación una y concreta del hombre uno y total. Y por eso hablamos del corazón y no de un

centro de la persona espiritual. Pues este hombre uno y total tiene un «dentro» y un «fuera», lo original y lo originado, un punto central y una periferia, un fondo y un primer plano. Esta dimensionalidad del hombre uno, que está más allá de la diferencia entre cuerpo y alma, es experimentada y vivida inmediatamente por el hombre en la realización de su existencia. El «dentro» o intimidad original, fundamental y unificadora de su realidad una (intimidad que es tan corpóreo-espiritual como la totalidad del hombre) es lo que el hombre llama corazón, y sabe, al decirlo, que tiene un corazón, y lo sabe antes de ver lo que el anatomista llama corazón; y cuando, estremecido, vio por primera vez este «corazón» lo miró como manifestación transparente del verdadero corazón, que él había sentido y vivido desde siempre, lo miró en cierto modo como signo sacramental de la gracia de tener un corazón.

Se dirá que todo esto es muy poco claro. Es cierto. El pensamiento que divide y compone, como quien hace un mosaico, es más claro y sencillo. Pero no es más verdadero, es decir, no está más saturado de realidad. El conocimiento que está ante el misterio de la unidad en la multiplicidad, de la esencia en el fenómeno, del todo en la parte y de la parte en el todo, el conocimiento que habla protopalabras, que conjuran precisamente esos misterios, es oscuro como la realidad misma que se apodera de nosotros en esas palabras y nos arrastra hasta su imprevisible profundidad. En esas protopalabras siguen siendo originalmente una sola cosa el espíritu y la carne, lo aludido y su símbolo, el concepto y la palabra, la cosa y la imagen; son una sola cosa, pero eso no significa que sean lo mismo. Flor, noche, estrella y día, raíz y fuente, viento y risa, rosa, sangre y tierra, muchacho, humo, palabra, beso, rayo, aliento, silencio y mil palabras más de los pensadores originales y de los poetas son protopalabras, y son más profundas y más verdaderas que las desgastadas palabras-moneda del trato espiritual diario, que suelen ser llamadas «conceptos claros». En cada una de esas protopalabras está significada una parte de realidad en la que misteriosamente se abre una puerta hacia la insondable profundidad de la verdadera realidad; es una palabra a cuyo contenido pertenece el paso de lo individual a lo infinito, el movimiento infinito. ¿Cómo definir esas palabras claramente, si son palabras de ese

saltar los límites, del que depende de algún modo hasta nuestra salvación?

... *Estamos tal vez aquí para decir: casa, puente, pozo, puerta, jarro, frutal, ventana, o a lo sumo: columna, torre... para decir, compéndelo, decir, oh, como jamás las cosas mismas interiormente nunca creyeron ser...*

(Rilke, *Novena Elegía*.)

Sólo quien entienda estos versos del poeta, entenderá qué queremos decir al hablar de protopalabras, y por qué pueden ser con razón oscuras. Lo que no significa, claro está, que se pueda disfrazar de hondura la propia superficialidad con tales palabras, ni que se deba hablar oscuramente cuando se puede hablar con claridad. No significa otra cosa sino que los primeros conceptos humanos reflejan al hombre uno en su unidad irreductible de espíritu y carne. Y «corazón» es una de esas palabras. Antes de saber que se usa en la Escritura y en la profesión de fe de la Iglesia, le conviene la humilde veneración que el hombre tiene que tener ante tales palabras, para no estancarse orgulloso y ciego en la superficie de la realidad.

Vamos a añadir dos observaciones a esta definición indefinida de la palabra «corazón». Primero: «corazón» no significa, sencillamente y sin más, amor. Este centro íntimo y corporal del ser humano personal, que limita con el misterio sin más, puede ser también malo, según la Escritura, puede ser el insondable abismo en que cae el pecador que se niega a amar. El corazón puede estar vacío de amor y su amor puede ser muy periférico. El hombre aprende, por vez primera, que lo más íntimo de la realidad personal es el amor y que el amor es, de hecho, lo más íntimo en la experiencia del Corazón del Señor. «Mira este Corazón que tanto ha amado a los hombres»; esta afirmación no es una proposición analítica deducida del concepto de corazón, sino el conmovedor resultado de la experiencia de la historia sagrada.

Segundo: la representación del corazón fisiológico no es más que símbolo, y no copia o representación en sentido propio y fotográfico, del corazón, cuya realidad hemos tratado de inter-

pretar con esta protopalabra. Pero no es símbolo arbitrario, ni signo convencional, sino símbolo auténtico y original, protosímbolo. Si la corporalidad en cuanto tal, perteneciente a la totalidad de una persona corporal, no está añadida a la persona, no es su recipiente, sino la corporalidad real de la persona, en la que se manifiesta todo lo que la persona es originalmente, de forma que sin ella lo manifestado mismo no sería verdadera y perfectamente lo que tiene que ser, el corazón corporal es el símbolo interno del corazón de la persona, es decir, el símbolo que está en la cosa simbolizada misma: un símbolo que pertenece a la realidad significada misma, como el cuerpo al hombre, y de modo análogo a como el signo sacramental pertenece a la gracia sacramental; lo uno no existe jamás sin lo otro, en lo uno está presente lo otro y sólo en ello llega a su mismidad, y, sin embargo, no son la misma cosa. Pero como sólo el corazón fisiológico puede representar una imagen material del «corazón», y a la vez el corazón fisiológico es símbolo, y no retrato, del corazón en cuanto íntimo centro del hombre total (¡no sólo de su «alma»!), el retrato puede y debe ser estilizado, porque así el carácter de símbolo del retrato mismo y de su objeto inmediato se manifiestan mejor que si el retrato pretende ser lo más fiel posible desde el punto de vista fisiológico.

Resta todavía por contestar una cuestión que pertenece también a estos prolegómenos para una teología del culto al Corazón de Jesús: la cuestión del aspecto *subjetivo* (si se quiere llamar así) de este uso de la palabra «corazón». En este uso, «corazón» significa a la vez, naturalmente, la imagen simbólica del corazón. Una objeción nos va a ayudar a entender la cuestión. Si hasta ahora hemos intentado explicar qué significa «corazón», ¿por qué esta explicación no puede servir para evitar la palabra corazón—¿qué gastada y sentimental debe parecer a alguno esta palabra!—y para hablar más inmediatamente, con las palabras de esta explicación, de la realidad significada? Es cierto que se puede e incluso se debe hablar descriptivamente de esta realidad y no se puede decir a todas horas sencillamente corazón, corazón. Todo hablar sobre cosas metafísicas se hace siempre intercambiando circularmente las palabras, para que una clara tiniebla ilumine la otra. Pues incluso del ser hablamos con otras palabras, aunque no hay palabras que lo trasciendan. Pero en tales

casos tenemos que detenernos. Y decimos lo que habíamos dicho ya al principio, y esas palabras son entonces el principio y el fin, a la vez, de todo hablar.

Tales protopalabras, que están y tienen que estar al principio y también al fin de toda explicación, no son más que como una tímida alusión a lo que ya sabíamos y teníamos que saber desde el principio. Por lo tanto, explicación y comunicación son sólo posibles porque el que habla y el que escucha saben desde siempre a qué se refieren al hablar y al escuchar. Tales palabras no dicen nada nuevo, sino lo antiguo eternamente joven, que es inagotable; y, sin embargo, tales protopalabras dicen siempre más que toda explicación. Por eso las protopalabras no pueden ser abstractas, diluidas o vacías; para ser auténtico principio y auténtico fin de todo hablar, tienen que plantear las cosas en su claridad y figuratividad concretas, corpóreas y casi nerviosamente perceptibles, en imagen y en su aspecto corpóreo.

Por eso, la palabra corazón es, en definitiva, insustituible y no puede ser esquivada con palabras más abstractas. Tal palabra sube desde la profundidad del espíritu corporal, acompañada del palpito del propio corazón, de sus pausas y de su inacabable paso, de la experiencia de un centro en la corporalidad vivida totalmente por el espíritu; tal palabra es en cierto modo realizable siempre que es pronunciada. Por eso aparece en los idiomas de todos los pueblos como un arquetipo que pasa de generación a generación, sube continuamente en los sueños desde las raíces del hombre, desde donde todo es todavía una sola cosa. Los poetas no pueden hablar de otra manera cuando descubren el misterio del hombre y condensan la experiencia de la vida conjurándola mágicamente en unas pocas palabras. «¡Oh santo corazón de los pueblos, oh patria!» (Hölderlin), «¿quién no se sentó temeroso ante el telón de su corazón?» (Rilke), «con su palpitante nos mataría a golpes el propio corazón» (Rilke), «Una existencia más que innumerable surge en mi propio corazón»; «con las mil venturas del amor se ciñe a mi corazón el santo sentimiento de tu eterno calor, eternamente bello» (Goethe), «¿por qué no sosiegas, oscuro corazón?» (Nietzsche), «Señor, apiádate de mí para que otra vez mi corazón florezca» (Brentano), «que saturado del dulce juego, más dócil mi corazón me muera» (Hölderlin)... así y de otros mil modos cantan los poetas la

existencia. Tampoco ellos pueden hablar de otra manera, porque hay palabras insuperables. Tales palabras pueden ser entendidas trivial y sentimentalmente. Pero no pueden ser sustituidas. Deben ser usadas parcamente con disciplina y pudor. No deben ser pronunciadas cuando se piensa otra cosa. Pero siguen siendo insustituibles. Una de esas palabras es «corazón».

Mientras el hombre tenga corazón tendrá que hablar del corazón y precisamente con la palabra corazón. Es decir, siempre. Hablará del corazón siempre que, sencillo y sabio a la vez, sea remitido desde lo múltiple al origen. Siempre que concentre la permanente esencia de su tiempo en la eternidad de su existencia, dirá que la ha cobijado en el panal de su corazón. Siempre que se exprese a sí mismo desde la raíz, dirá: te regalo mi corazón. Siempre que caiga en los oscuros abismos de su existencia, se sentirá como aprisionado en las mazmorras de su muerto y vacío corazón. Siempre cantará sencillamente: «¡sal, corazón mío, y busca gozo!» Siempre glorificará la gracia como efusión del Espíritu Santo en su corazón. Siempre se consolará el injuriado porque Dios ve su corazón. Siempre se tendrá la esperanza de que «el lucero de la mañana salga por fin en el corazón»; siempre serán llamados bienaventurados los limpios de corazón; siempre se sentirá el horror de que lo malo brote de las cavernas del corazón; siempre se será feliz de poder guardar lo bueno en el corazón; siempre serán amados quienes puedan perdonar de corazón; siempre seremos juzgados de si hemos amado de todo corazón, porque en la balanza de Dios sólo son pesados los corazones.

No hemos hecho más que merodear los pórticos de la teología del culto al Corazón de Jesús. Pero hay que saber qué significa «corazón» y qué infinito peso tiene en sí misma la palabra corazón cuando se quiere hablar del Corazón de Cristo y confesar, adorando, su gracia. Sólo entonces se puede empezar a decir: «mira este Corazón». Sólo entonces veremos claro lo que significa el mensaje que oímos: el eterno Verbo de Dios tiene corazón humano, se ha abandonado a sí mismo a la aventura de un corazón humano, hasta derramarse traspasado por los pecados del mundo, hasta padecer la inutilidad e impotencia de su amor en la Cruz, hasta convertirse, así, en eterno corazón del mundo. Desde entonces la palabra corazón no es sólo una pa-

labra que alcanza al hombre en el centro de su existencia, sino una palabra que ya no puede faltar jamás en la eterna alabanza de Dios y que significa también el corazón de un hombre. Muchas palabras enmudecerán, porque no valdrá la pena hablar de lo que significan. Pero hay palabras humanas que, porque significan cosas humanas, sólo pueden ser dichas humanamente. Y si aluden a algo humano que está en la eternidad de Dios mismo, tales palabras humanas son palabras de la eternidad, que los hombres no pueden dejar de decir ni en esta vida ni en la eternidad. Y a estas palabras de principio terrestre y de eterno fin pertenece la palabra que Dios seguirá diciéndonos a los hombres en la eternidad: «mira este Corazón que tanto ha amado a los hombres».